

## UNA NAVIDAD DISTINTA

*Alejandro Toledo*

Y en realidad fue eso, una navidad distinta, diferente a cuantas habías tenido. Las caras querían ser alegres pero no podían. Esperaban la primera broma, la primera tontería dicha para poder descargar la risa que pedía salir a gritos. Los comentarios sobre el bacalao, los romeritos y el ponche se daban alrededor de la mesa ante los familiares que se miraban unos a otros esperando los primeros chistes que nunca aparecieron. Solo hubo conatos de chiste y de fiesta, pequeños e irrisorios que provocaron una hilaridad irreal y tan onírica como este cuento.

Tú te estabas aburriendo. Ya casi eran las doce cuando sonó el teléfono, te hablaron para felicitarte, para desearte una muy, pero muy feliz navidad. . . En el otro lado de la línea cantaban “a la ruru niño/a la ruru ya. . .” en tu casa se seguían mirando, se seguían atragantando y riendo tan falsamente. Las voces del teléfono cantaban amorosas y ciegas, con amor verdadero, pensaste tú.

Tú te estabas aburriendo y recordaste de pronto que Palinuro, en su viaje por la isla de los nuevos usos, descubrió que “los cuchillos de cocina Ecko pueden ser usados por gangs juveniles y las pandillas de muchachos de Detroit, Glasgow y Mexico City. . .” Lo que tenías en tus manos era un cuchillo y ¡oh casualidad! era Ecko.

Te pidieron que tocaras el órgano pero dijiste que no. Por la insistencia te paraste rápido para sentarte en el banquito y, ya alegre, tocaste, ante tu agrado y el desagrado de los demás, la marcha fúnebre y las golondrinas. Dentro de unos minutos serían las doce.

Repentinamente te paraste y corriendo fuiste a la mesa en el momento en que los parientes se empezaban a inquietar y querían dar los abrazos y los regalos. Tomaste el cuchillo Ecko y gritando, al mismo tiempo que te clavabas el cuchillo en el estómago, “Feliz Navidad”. Tu madre se desmayó an-

tes de que cayeras al suelo ya sangrando. Antes de desmayarte pides una servilleta y sacando el cuchillo lo vas limpiando, después nada.

Estás acostado y agonizante en este cuarto de hospital. La muerte está cerca y sientes que el cuarto se va desvaneciendo, te emocionas al saber que vas a comprobar si hay o no otra vida más allá de ésta.

En ese cuarto que hace un rato era blanco pero que ahora a tomado un color oscuro-muerte, están tus familiares que ojerosos y crudos te miran tristes. Esperan lo que tienen que esperar y tú apresuras el acto: te mueres. Por un extraño instinto sólo alcanzas a decir: "Merry Christmas. . .".



24